

ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA Y COOPERATIVISMO

ENTREVISTA A RODOLFO PASTORE



RODOLFO PASTORE

Economista, docente e investigador argentino, reconocido como uno de los principales referentes de la Economía Social Solidaria (ESS).

El año 2025 fue proclamado por la Asamblea General de las Naciones Unidas como el Año Internacional de las Cooperativas. Con el lema "Las cooperativas construyen un mundo mejor", se busca destacar su contribución al desarrollo sostenible, la erradicación de la pobreza y el crecimiento económico inclusivo.

Para hablar de cooperativismo y economía social invitamos a Rodolfo Pastore, economista, docente e investigador argentino, reconocido como uno de los principales referentes de la Economía Social y Solidaria (ESS) en nuestro país. Es profesor de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), donde actualmente dirige el Centro de Desarrollo Territorial. Dicho Centro incluye el Observatorio del Sur de la ESS CREES (Construyendo Redes Emprendedoras en Economía Social), del cual fue su director e impulsor fundacional, un espacio pionero que combina formación, investigación y acción territorial junto a cooperativas, mutuales y organizaciones comunitarias. Desde el CREES de la UNQ se ha impulsado la creación de incubadoras universitarias y propuestas de extensión, formación e investigación-acción en economía solidaria, promoviendo una mirada crítica sobre la economía y un compromiso activo con los procesos de desarrollo local y territorial.

Su trabajo se caracteriza por tender puentes entre la universidad y los territorios, entre el pensamiento académico y las prácticas concretas de cooperación socioeconómica, y por recuperar el sentido político, ético y cultural de las experiencias económicas construidas desde abajo.

Participa activamente en redes nacionales e inter-

nacionales tales como la Red Universitaria de Economía Social y Solidaria (RUESS)¹ y la Cátedra Unesco en ESS, habiendo publicado numerosos trabajos sobre políticas públicas, trabajo autogestionado y desarrollo territorial.

En esta entrevista nos proponemos recorrer con él algunos de los grandes desafíos que enfrenta hoy la economía solidaria, el papel del cooperativismo y las nuevas formas de organización del trabajo, en un contexto de profundas transformaciones sociales y económicas.

ENTREVISTADORA: Para comenzar, nos gustaría conocer más de vos, que te presentes y nos cuentes ¿quién es Rodolfo Pastore?

ENTREVISTADO: Bueno, yo soy economista de formación de grado en la UBA (Universidad de Buenos Aires - Argentina). Después hice estudios de posgrado en sociología económica, que siempre fue un tema de interés para mí, y también en historia del pensamiento económico. Estas tres cuestiones —economía, ciencias sociales e historia, particularmente historia del pensamiento económico— siempre fueron ámbitos que me convocaron para pensar y proyectar.

Me gusta definirme como trabajador, en particular como trabajador intelectual, y diría que, como un trabajador intelectual orgánico comprometido con los derechos, la democracia y las economías para la vida. Hasta este año (2025) he sido director del Departamento de Economía y Administración. También soy uno de los impulsores de muchas iniciativas que llevamos adelante en la universidad en docencia, investigación, innovación, incubación y extensión en ESS.

ENTREVISTADORA: ¿Y cómo es que te insertas en estos temas?. ¿Qué interés tenías?, Porque una carrera de base viene con una historia atrás. Seguramente hubo alguna motivación que te hizo decir: "este es mi camino".

ENTREVISTADO: EEs así. Ya desde el comienzo

1 <https://www.ruess.com.ar/>

empecé a estudiar economía por una vocación social. Era el fin de la dictadura, el inicio de la democracia. Soy de Quilmes Oeste, en el Gran Buenos Aires Sur. Era una zona del segundo cordón industrial que, como gran parte del conurbano, quedó muy golpeada después de la dictadura: desindustrialización, precarización laboral y social, y transformaciones profundas durante las décadas de democracia, incluidas regresiones como las que vivimos hoy.

Vengo de una familia obrera; mi padre era delegado de fábrica. El barrio era obrero, pero también había zonas muy vulnerables, degradadas socioambientalmente, con arroyos contaminados. Esa materialidad de la vida me atravesó desde siempre: ver qué pasaba en el territorio, cómo vivíamos, qué se podía hacer. Y también la historia del movimiento nacional y popular, las familias obreras, el peronismo. Todo eso me marcó.

Cuando hice orientación vocacional me recomendaron no estudiar economía, sino sociología o trabajo social. Pero yo quería estudiar economía con un sentido social. Después entendí por qué me sugerían evitarla: la formación era bastante ortodoxa, formal, matemática. Igual la reivindico. Fue mi punto de partida.

En la militancia social, acá en Quilmes tuvo mucho peso la perspectiva social de la Iglesia de la diócesis, vinculada a derechos humanos y derechos sociales, con las denominadas comunidades de base, muy activas. Algo parecido a lo que pasaba en Brasil o Chile, donde después esas experiencias confluyeron con los movimientos de economía solidaria. Todo eso formó parte de mi recorrido.

Lo que veíamos en los barrios era el crecimiento de la pobreza, la precariedad laboral, las mujeres saliendo a trabajar para sostener la olla, los hombres con depresiones o problemas de alcoholismo, jóvenes sin rumbo claro. Así desde la militancia social formamos una de las primeras cooperativas a mediados de la década de 1980. Antes habíamos creado un jardín maternal comunitario porque las mujeres trabajaban y no tenían dónde dejar a sus hijos. Fue una organización comunitaria muy importante para el barrio.

También trabajamos con jóvenes para vincularlos a la organización comunitaria. En ese contexto —mujeres y jóvenes del territorio— surgió la necesidad de generar trabajo. Armamos una cooperativa

de juguetes con las compañeras y algunos jóvenes, con apoyo de proyectos de cooperación. Ese fue mi primer acercamiento concreto a estos temas.

En paralelo, en la universidad trabajaba con equipos críticos en temas agroalimentarios, con Miguel Teubal, Norma Giarracca y otros referentes del debate sobre extractivismo. Con ellos hicimos estudios sobre cooperativas agrarias de agricultura familiar y sobre las primeras cooperativas de trabajo. A principios de los años '90 hubo una intención de la Alianza Cooperativa Internacional de instalarse en Argentina, y también acompañamos emprendimientos de trabajadores despedidos o con retiros del Estado. Recuerdo el trabajo con el gremio telefónico por las privatizaciones. Muchos intentaban armar pequeños emprendimientos, algunos incluso muy precarios.

También trabajé con ATE². Veníamos de la educación popular y del programa de alfabetización del gobierno de Alfonsín, y en Quilmes hicimos experiencias innovadoras. Después nos organizamos en ATE y acompañamos a trabajadores despedidos que empezaban emprendimientos. Hoy está pasando algo similar.

Estamos haciendo un convenio con ATE Capital: despidieron a 2.800 trabajadores. Algunas y algunos compañeros están generando emprendimientos como forma de generar ingresos, en ciertos casos complementarios a otras formas de inserción laboral. Es muy duro. En nuestro caso, humildemente estamos colaborando con talleres de capacitación o acompañando la participación en ferias que realizamos, articulando con lo que hacemos en la universidad.

Mi vínculo con la economía social también se fortaleció cuando me enteré de que existía como campo específico. Yo ya había ocupado cargos de gestión universitarias a principios de siglo, entre la crisis del 2001 y los años posteriores.

Volví de España, donde estaba haciendo estudios de posgrado. Aterrizó el avión y estalló la crisis. Recuerdo que fui a renovar el pasaporte en el consulado de Madrid y en la fila para volver a Argentina estaba yo solo; mientras en la fila de quienes querían radicarse allí había cuadras de gente. Algo parecido a lo que pasa ahora.

² https://es.wikipedia.org/wiki/Asociaci%C3%B3n_Trabajadores_del_Estado

En ese momento participé en un gran proceso de cambio institucional en la universidad, como vice-director y después como director del Departamento de Ciencias Sociales. Luego llegó un punto en que sentí la necesidad de volcarme más a la vinculación académica con el territorio desde la extensión. Como analogía, puedo decir que en años previos había un libro de Benjamín Coriat llamado “Pensar al revés”, que marcó mucho mi mirada de replanteo académico: después de la crisis del 2001, necesitábamos aprender desde el territorio, desde las prácticas sociales y las organizaciones. Y la extensión era un puente para eso. Así armamos proyectos de voluntariado y extensión, y desde ahí seguimos avanzando.

ENTREVISTADORA: Lo que nos estás contando da un indicio claro de la importancia que tienen las universidades en los territorios y de cómo construyen vínculos y abordan los temas y problemas desde una mirada situada, vinculada a la coyuntura que atravesamos. Como vos decís, la situación actual nos lleva a retomar estas cuestiones y, además de ser un paraguas para la investigación, la formación y la extensión, terminamos siendo también un paraguas de contención. En el caso de la Universidad de Quilmes, ¿esto fue así desde su creación?

ENTREVISTADO:

Sí. Las universidades del conurbano, tanto las de los 90 —como la nuestra— como las más recientes del Bicentenario, tienen una fuerte vocación territorial. La articulación académico-territorial, las prácticas socioeducativas, la extensión y la extensión crítica son aspectos importantes para reivindicar de la universidad pública, aunque también haya mucho para mejorar.

Y como decía un “el Ratón”³ en aquella recordada propaganda de botines Interminables: “En Europa no se consigue”.

ENTREVISTADORA: Exactamente. También eso forma parte de lo que hacemos.

Te queríamos consultar sobre el estado del arte de la economía social y el cooperativismo, y cómo ha sido la evolución del pensamiento y las prácticas de la economía social en Argentina y en América Latina. Y también cómo es la relación histórica entre esta tradición y el cooperativismo, que tiene una definición previa y más antigua.

3 https://es.wikipedia.org/wiki/Rub%C3%A3n_Ayala

ENTREVISTADO: Bueno. Esta es una lectura entre muchas posibles. En nuestro caso, hablamos de tres dimensiones del campo de la economía social y solidaria, incluyendo la economía popular organizada. En esta construcción de un campo socioeconómico que es a la vez empírico, simbólico y político, que para nosotros son las tres dimensiones principales.

Primero, las experiencias y trayectorias empíricas de formas de organizar la economía que no corresponden ni a la lógica lucrativa ni a la estatal. Más allá de sus vínculos con ambas, se orientan por finalidades sociales, de allí el nombre de “economía social”. Implican formas organizativas diversas; el cooperativismo es una de ellas, pero existen otras formas de auto-organización, no siempre autogestivas, pero sí de principios de gestión democrática y basadas en la organización de trabajadores y comunidades con finalidades sociales.

Hoy podríamos hablar de reproducción y sostenibilidad de la vida, como plantean las economistas feministas, en organizaciones democráticas basadas en principios y valores. Toda economía tiene principios y valores, aunque algunos —como el individualismo— se invisibilizan. En la economía social los valores son solidaridad, cooperación, ayuda mutua, reproducción social y sostenibilidad de la vida.

Estas economías estuvieron presentes a lo largo del desarrollo humano, aunque no siempre han sido preponderantes. Desde hace siglos, la forma dominante de organizar la economía es la del capital, aunque existan heterogeneidades. La economía siempre es política: implica instituciones, leyes, encuadres políticos y Estado. Y ésta es la segunda dimensión de la ESS, la dimensión política y de poder.

A su vez, estas otras economías necesitan constituirse como campo en términos de sus significaciones, en su tercera dimensión simbólica, dadas su diversidad y pluralidad. Allí aparecen distintas corrientes y perspectivas históricas.

En Occidente, en términos de sus trayectorias empíricas la figura emergente del siglo XIX como respuesta a la Revolución Industrial fue el cooperativismo y las formas asociativas o mutualistas. En Europa se desarrollaron a mediados del siglo

XIX y llegaron a Argentina hacia esa misma época, expandiéndose a fines del siglo XIX y principios del XX con la inmigración. Aquí por entonces se consolidaron sectores cooperativos agropecuarios,

de servicios, de consumo, y las sociedades de ayuda mutua, tanto de paisanos como sectoriales.

Luego, desde fines del siglo XX —particularmente desde la crisis del modelo sustitutivo de importaciones—, comienzan otras trayectorias. A partir de disputas hegemónicas entre 1955 y 1975, y sobre todo desde 1976 en adelante, se debilitan los pilares de integración social: el estado social y el empleo asalariado. Junto con los movimientos sociales surge una reconfiguración organizativa en los territorios, donde la economía para la vida aparece como necesidad, práctica y acción. Allí emergen formas que algunos llaman la “nueva economía social” o “economía solidaria”. Esta tendencia mundial se profundiza tras la reconversión capitalista global, especialmente después de los años ‘90 y del neoliberalismo. Son formas que pueden adoptar figuras cooperativas, pero con una impronta específica: prácticas territoriales, redes, posicionamientos críticos y transformadores. En Brasil ese término se consolidó como economía solidaria; en Argentina menos, pero también tuvo lugar.

A esta segunda trayectoria se suman debates sobre decolonialidad, desarrollo, alternativas al desarrollo y movimientos de economía solidaria. En Argentina ha sido particular, pues estas transformaciones se expresaron en el crecimiento significativo del cooperativismo de trabajo.

La tercera trayectoria es la economía popular, vinculada a formas de trabajo de los sectores populares para ganarse la vida, sea cuenta propia, emprendimientos familiares o en múltiples estrategias de generación de trabajo e ingresos. En América Latina desde mediados de la década de 1980 se consolida el término “economía popular”, en contraste con la denominación de “economía informal”, que tiende a resultar estigmatizante y además oculta que las cadenas globales del capital generan informalidad de forma directa e indirecta. Una parte importante de la economía popular también tiene componentes comunitarios: redes de reciprocidad, vínculos barriales, sostenimiento colectivo —como el jardín maternal que mencionaba antes, sostenido por mujeres del barrio, con nuestro acompañamiento militante o voluntario—.

En nuestro país, como en muchos de América Latina, la economía popular se articuló luego con los movimientos sociales, ya no solo para su reconocimiento, sino para disputar derechos y fortalecer sus formas organizativas.

Si tuviera que sintetizar, mencionaría estas tres grandes trayectorias:

- 1. El cooperativismo empresario más institucionalizado**, histórico, con fuerte presencia empresarial en sectores específicos del país.
- 2. La corriente transformadora y crítica**, que articula experiencias diversas de economía territorial, como trucque, ferias, monedas sociales, finanzas solidarias y en gran medida el cooperativismo autogestionado.
- 3. La economía popular, asociada a movimientos sociales**, articulada con corrientes solidarias en países como Brasil con experiencias como el MST, y tanto allí como en Argentina en diálogo con los movimientos sociales vinculados también en su momento a la impronta del Papa Francisco.

ENTREVISTADORA: Me parece muy interesante lo que planteás, y algo que interpreto de lo que dijiste es que estas formas de organización de la economía no surgen solamente en contextos de crisis, sino que tienen antecedentes históricos en formas de organización elegidas. Además, se generan y se consolidan como parte de procesos donde el propio sistema económico produce pobreza y crisis de manera permanente. Entonces, es importante dar vuelta la mirada: no se trata solo de una alternativa frente a la crisis económica, sino de una forma distinta de hacer economía frente a modelos que son estructuralmente excluyentes, profundizadores de la desigualdad y la pobreza. Y allí la sociedad no solo se organiza para resolver una necesidad puntual, sino que incorpora estas prácticas como proyecto de vida, como proyecto social y también como proyecto político. Como vos dijiste: la economía es política, y esta forma de hacer economía también lo es.

ENTREVISTADO: Exacto. Creo que lo que decis es central porque abre el entendimiento, pero también muestra las tensiones propias de estos procesos. No se trata de una “economía del descarte” ni de una economía provisoria. Se trata de reivindicar las formas asociativas, solidarias, de reciprocidad y de vinculación comunitaria en el hacer económico cotidiano. Las economistas feministas han hecho allí un aporte muy importante, al reivindicar la economía doméstica, la economía comunitaria y la economía asociativa, que no necesariamente es mercantil. Todo eso forma parte de la construcción

histórica de una economía plenamente humana. Y esto va a seguir siendo así, porque la solidaridad no es solo empatía o caridad, sino un verdadero lazo social, como plantean algunos autores.

Ahora bien, es cierto que estas economías tienden a expandirse en contextos de crisis y desigualdades, especialmente en el capitalismo periférico. En Europa, por ejemplo, gran parte de la economía inmigrante es economía popular, aunque eso se observa menos en los discursos. Y en ciertas regiones de España, por ejemplo, han cobrado fuerza los enfoques de la economía transformadora que integra a esas formas de economía popular, junto con la agroecología o los movimientos de los comunes o las economías feministas, entre otras corrientes.

La cuestión es que la expansión de estas experiencias y fenómenos de otras economías suele ser más bien disperso. El desafío es cómo lograr que esa expansión se traduzca en mayor fortaleza organizativa y estructural. Y ahí, desde mi punto de vista, la clave está en la auto-organización colectiva de trabajadores y comunidades, para construir una mejor economía, no para convertirse en un engranaje subordinado de los procesos de valorización del capital.

ENTREVISTADOR: Fuimos tocando varias veces la dimensión territorial. ¿Cómo se anclan estas economías en los territorios? ¿Cómo operan esas tensiones en los espacios concretos donde se desarrolla la economía social y solidaria?

ENTREVISTADO: Es una pregunta clave. Si uno revisa los enfoques del desarrollo local de los años '80 y '90 del siglo pasado, tanto en Europa como en América Latina, prácticamente no encontraba vinculaciones con la economía social. El foco estaba puesto en los gobiernos locales y en las empresas, los clústeres, las cadenas productivas.

Recién a principios de este siglo en el caso de Argentina, empieza a verse con claridad la articulación entre desarrollo territorial y economía social. Por ejemplo. el Plan Nacional Manos a la Obra de Desarrollo Local y Economía Social creado en 2003, ya expresaba en su propia denominación esa articulación. Más allá de este caso, hay desde mi punto de vista una relación biunívoca entre ambas cuestiones, no se puede pensar la economía social por fuera del territorio y su desarrollo.

Además, la economía social introduce elementos muy importantes al debate territorial: pluraliza

los sujetos económicos, pone en discusión las desigualdades, impulsa la participación democrática y propone modelos productivos opuestos a las economías de enclave y la fuga sistemática de excedentes. También favorece la inclusión social, la generación de puestos de trabajo y la construcción de tejidos socioeconómicos territoriales.

En esa dirección se suman experiencias como las empresas sociales, las cooperativas de cuidado, las vinculadas a la producción ambiental, a los recicladores, a la transición energética. Todo eso conforma una agenda muy potente de articulación entre economía social y territorio.

ENTREVISTADORA: Mientras te escuchaba pensaba en cómo ingresan los temas de innovación y los nuevos nichos productivos. Hoy hablamos de economía del cuidado, de transición ecológica, de tecnologías sociales. Todo eso también es innovación dentro de estas economías.

ENTREVISTADO: Totalmente. Esa es una verdadera agenda del siglo XXI, no solo una agenda social. Hay corrientes de innovación social a nivel mundial que plantean que la sostenibilidad depende del desarrollo de estas economías. En América Latina, además, estas corrientes son críticas, situadas, vinculadas a tecnologías para la inclusión social y a la construcción social del conocimiento.

En Argentina, por ejemplo, el cooperativismo tecnológico de trabajo es una trayectoria empírica muy relevante de cooperación e innovación, con cooperativas de software, de plataformas digitales, muchas de ellas basadas en software libre y en autogestión. Esto muestra la importancia de la vinculación entre ciencia, tecnología, universidad y economía social.

ENTREVISTADORA: Eso también tiene que ver con las epistemologías del sur, con construir desde el hacer nuevas formas de definir qué es economía, qué valores la sostienen. Me parece clave. Y para cambiar un poco el eje: ¿qué pasa con las políticas públicas y el rol del Estado en todo esto? ¿Qué papel tuvieron, tienen y deberían tener los distintos niveles de gobierno?

ENTREVISTADO: De manera general, estas economías necesitan políticas públicas y un Estado democrático activo. Pero al mismo tiempo existe siempre la tensión con la autonomía organizacional, que es un principio central del cooperativismo. También hay tensiones cuando, desde enfoques

neoliberales, se promueve cierto emprendedurismo como forma de des-responsabilizar al Estado de sus obligaciones sociales.

En Argentina, en líneas generales, las políticas hacia la economía social han sido más sociales que económicas. Hubo programas importantes como el microcrédito, el monotributo social, el plan Manos a la Obra ya mencionado. Luego vinieron programas públicos como "Argentina Trabaja", "Ellas Hacen", "Potenciar Trabajo", con avances pero también con límites, especialmente en términos de desarrollo económico estructural. Desde este punto de vista faltaron políticas más significativas de infraestructura, de tecnología, de financiamiento o cadenas de valor apropiadas para estas economías. Algunos intentos existieron: mercados de cercanía, agroecología, programas de obra pública con cooperativas, experiencias de incubación universitaria, pero fueron más bien fragmentarias y por lo general inestables.

ENTREVISTADORA: Veo que muchas veces hay una desconexión entre nación, provincias y municipios, y que eso dificulta la territorialización de las políticas. También me interesa volver sobre el papel de la universidad.

ENTREVISTADO: Los gobiernos locales son clave para el desarrollo de la economía social. Existen experiencias muy interesantes, aunque todavía no conforman una corriente consolidada. Municipios como San Martín, la Red de Municipios Cooperativos, o algunas experiencias provinciales, por ejemplo, en Córdoba, muestran una gran potencialidad y aprendizajes para compartir.

En cuanto a las universidades, desde el 2001 se expandió mucho la vinculación con estas economías, en particular a través del posgrado y de la extensión universitaria.

Surgieron diplomaturas, maestrías, el primer doctorado en economía social en la UNTREF, programas de extensión, prácticas socioeducativas, etc.

Un hito importante fue el Congreso Argentino de Cooperativas de 2012, en el primer año internacional de las cooperativas, que impulsó el programa nacional de cooperativismo y economía social en las universidades. A partir de allí se consolidaron redes universitarias y hoy se realiza todos los años la Semana Nacional de la Economía Social y Solidaria, que este año 2025 se amplió a América Latina

y el Caribe en articulación con otras redes académicas de la región en el tema.

ENTREVISTADOR: Estamos en una coyuntura donde, por un lado, la crisis parece favorecer la expansión de estas economías, pero por otro lado el contexto político-ideológico promueve el individualismo. ¿Qué perspectiva ves hacia adelante?

ENTREVISTADO: Creo que hay una enorme potencia a desarrollar. Los organismos internacionales reconocen a la economía social y solidaria como un motor del desarrollo sostenible. Pero eso requiere políticas socioeconómicas integrales, no solo redistributivas, sino también de fortalecimiento productivo, tecnológico, territorial.

También necesitamos una transformación simbólica y cultural: cambiar los paradigmas sobre qué entendemos por economía. Y, finalmente, necesitamos construir comunidad organizada en lo económico, porque sin actores sociales fuertes no hay políticas de Estado sostenibles.

El gran desafío pendiente es asumir una verdadera agenda de desarrollo económico estratégico desde estas economías.